

Círculo Rojo

La suerte está echada

La suerte está echada

Juan Carlos Blas Dato

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Agosto 2026

Depósito legal: SE 3340-2026

ISBN: 979-13-7060-720-3
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juan Carlos Blas Dato
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Índice

1. UNA NUEVA VIDA 9

2. NO ENTRES AHÍ 49

3. ÁNGEL O DEMONIO 83

4. ELIZABETH 129

5. REGRESO AL TÚNEL 167

6. ROMPER EL SUEÑO, SALVAR AL MUNDO 197

7. EL LATIDO DEL ALMA IMPERECEDERA 231

8. LA SUERTE ESTÁ ECHADA (*ALEA IACTA EST*) 267

1. UNA NUEVA VIDA

Hoy llego a mi nueva residencia. He tenido que cambiar de lugar porque encontré un trabajo en otra población que me quedaba a más de una hora en coche. No eran muchos kilómetros de distancia, pero los atascos matutinos harían que ese trayecto fuera cada día cansado y costoso. Unas caravanas que, por otro lado, eran totalmente evitables. No había carriles con ceda para su posterior incorporación a la vía, las carreteras habían sido ampliadas de tal manera que ahora las incorporaciones a esta fueran directas y rápidas. Aun así, las caravanas se seguían organizando, provocando que tuviera que salir con varias horas de antelación para poder llegar correctamente al puesto de trabajo.

Todavía no había empezado a trabajar en esta nueva empresa, a ver cómo me iba. Un administrativo es muy diferente dependiendo de la empresa en la cual trabajes. Espero aprender rápido porque a mí me gusta la tarea bien hecha y estar con la incertidumbre de no controlarlo todo es una cosa que me pone especialmente nervioso. Debo darme mi tiempo, pero me autoexijo demasiado y eso hace que mi nivel de ansiedad, hasta que no domine la situación, sea siempre elevado. De hecho, hasta se me hace un nudo en el estómago saber que mañana empiezo a trabajar en esa empresa y no sé absolutamente nada. Una compañera

me hará formación durante una semana para después tener que volar yo solo. Espero estar a la altura.

Cuando hablo de esto con alguien, siempre me comentan lo mismo, que me dé tiempo, que nadie nace enseñado. Sé que todos tienen razón, pero soy incapaz de aplicármelo.

El cambio de domicilio no solo se debe al cambio de trabajo, también a que siempre he vivido con mis padres en esa casa. En un plazo de un año escaso, perdí a los dos: mi padre no superó el tercer infarto y mi madre no superó su ausencia. Todo en esa casa me recordaba mi niñez con mis padres y todo lo vivido. Parecía que los iba a ver entrar por algún lugar de un momento a otro. Incluso, a veces, sentía su voz llamándome, supongo que eso es lo que se le llama alucinaciones auditivas y aparecen cuando estoy solo y, sobre todo, cuando estoy en casa. Tenía que salir de allí, despejarme un poco y cambiar de aires. El nuevo trabajo también me empujó a dar el paso. Mis padres eran personas especiales, me llenaron de valores; les debo mi forma de ser a ellos. Eran personas, además, muy clásicas, pero también muy originales, de ahí mi nombre: Daryl. No es un nombre muy frecuente, pero me gusta. Siempre me ha gustado la exclusividad y no ser igual que todos. No soy una persona a la que le guste destacar, más bien prefiero pasar inadvertido, pero, por otro lado, me gusta diferenciarme de los demás, ni para mejor, ni para peor, simplemente diferenciarme.

Soy una persona que lo doy todo, y eso no siempre es bueno. De cara a los demás, es magnífico porque sienten mi apoyo, acompañamiento y cariño constante, pero de cara a mí no es lo mejor: priorizo el bienestar de las personas que me rodean al mío propio y eso no puede ser bueno. Si tú no te quieres, no puedes hacer que los demás estén bien conmigo. El bienestar y la felicidad de los demás es la mía; me alegra mucho ver que la gente que me rodea, y a la que tengo afecto, está bien, y más todavía si he podido contribuir a su felicidad. Busco, muchas veces de forma

inconsciente, el reconocimiento del otro. Necesito que la gente me quiera y me haga sentir ese cariño, solo de esa forma sé que los demás están bien conmigo y se alegran de mi presencia. No tolero el error y más si ello conlleva un perjuicio a alguna persona. Cuando cometo un error que perjudica a alguien, me siento mal durante mucho tiempo, y todavía más si me lo hacen saber. Siempre me han dicho y he escuchado que errar es humano, de los errores se aprende. La vivencia consciente del error interioriza el concepto. De hecho, yo siempre he aconsejado a quien lo ha necesitado y eso lo he transmitido. Pero ya se sabe que en casa del herrero, cuchillo de madera.

Estoy en mi nueva vivienda, todo lleno de cajas, ahora toca ponerme toda la tarde a ordenarlo todo y limpiar los espacios para que, lo antes posible, esté presentable y apto para la vida.

Es un piso alquilado: con el dinero que voy a cobrar y sin antigüedad en la empresa, difícilmente me iban a dar una hipoteca. De todas formas, un alquiler no está tan mal porque no te ata a nada: si la cosa no va bien o encuentro algo mejor o más barato, siempre me puedo ir. Una hipoteca es de por vida. Cuando te casas con alguien dicen que es para toda la vida, pero cada vez más se está demostrando que eso ya no es así, la gente se separa a la mínima, la convivencia cada vez es más difícil. Realmente solo te casas con el banco, son ellos los que te atan a una hipoteca y no te puedes escapar: te hacen la vida imposible si no puedes pagar. Aunque la cultura siempre suele ser la de comprar una vivienda, creo que no es necesario hacerlo y no estoy de acuerdo con los que piensan que alquilar es tirar el dinero. Estás viviendo allí y pagas por estar allí. Cuando vamos a un hotel y nos cobran una cantidad por la estancia, nadie piensa que ha tirado el dinero; yo creo que esto, aunque no es lo mismo, es muy parecido. Para gustos, colores.

Iba a empezar a sacar todas las cosas de las cajas y empezar a colocar y ordenar mi nueva casa. Era un trabajo duro, aunque ilu-

sionante. Más temor tenía al día de mañana, en mi nuevo trabajo. Empecé a sacar las cosas de las cajas y comencé a ordenar.

Ya había dedicado a esta labor tres horas, lo más imprescindible, a mi entender, ya estaba colocado. Ya eran las nueve de la noche, no tenía nada para comer, así que salí y bajé a un bar que había justo al lado de mi edificio. Yo vivía en la segunda puerta del tercer piso. Al salir de casa me encontré a una mujer mayor.

—Hola chico, ¿eres el nuevo inquilino? —me preguntó la mujer de una forma muy amable.

—Sí, eso parece —le respondí no sabiendo de qué iba la conversación y más conociéndome, que me cuesta entablar una conversación con alguien cuando no es conocida o no sé qué decir.

—Pues mucho gusto, ya tenía ganas de tener un vecino, que lleva mucho tiempo ese piso cerrado.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, hará quizás dos años. La verdad es que ahí la gente no suele estar mucho tiempo. Tú no serás de los que hacen ruido, ¿verdad?

—Yo diría que no, ¿por qué lo dice?

—Es que no me gustaría ahora tener que escuchar música fuerte o cosas así.

Con eso siempre he tenido muy mala suerte: personas que gritan, hacen ruidos o dan golpes.

—Por eso no se preocupe. ¿En esa puerta no vive nadie? —le pregunté señalándole el 3.º-3.ª, ya que ella me afirmaba que tenía ganas de tener un vecino y deduje que estaba sola en el rellano.

—Sí, un señor mayor, pero apenas se le ve, siempre está en casa. Creo que vienen sus hijos a verle de tanto en tanto, pero la verdad es que sé poco.

—Ah, vale. Pues un placer conocerla.

—Igualmente, majo. Estoy aquí para lo que necesites. Yo te hago de mami —dijo entre risas.

Lo que me faltaba, alguien que me esté dirigiendo mi forma de vivir y sin conocerla de nada. Bueno, quizá lo haya dicho para quedar bien, pues parece una buena mujer. Bajé al bar-restaurante que tenía abajo y me senté en una mesa. Cogí la carta y no sé qué me apetecía más: un bocadillo o un plato combinado. Tenía hambre, pero estaba también muy cansado. Así que, después de valorarlo, pedí un plato de patatas fritas, un bocadillo serranito y un refresco. Es uno de mis bocadillos favoritos: el serranito. Pimiento verde frito, jamón a la plancha, lomo o pollo y el pan con tomate; es una pasada. Mientras esperaba el bocadillo me gustaba hojear la prensa y, si esta no estaba disponible porque otro cliente la estaba leyendo, ojeaba el móvil y me las leía ahí. En el móvil me gusta menos porque acostumbran a ser más sensacionalistas, con titulares para llamar tu atención. También, ya que disponía de ese rato, miraba las bandejas de entrada de mis diferentes correos y gestionaba lo que me llegaba: lo daba por leído y borraba, lo leía y clasificaba o me lo ponía como tarea pendiente si requería una respuesta más elaborada o si debía adjuntar un archivo.

Me daba pereza sentarme delante del ordenador a hacer esas cosas. Ahora iba a estar muchas horas delante de uno, pero eso no me daba pereza, era mi trabajo. A ver de qué se trataba.

Me pusieron la comida, cené y, en vez de tomar un postre, pedí un café. No soy tan de postre, soy más de café. Además, a medida que han ido pasando los años, he ido aborreciendo cada vez más lo dulce. No significa que no me guste lo dulce, para nada, pero antes era más tolerante con las comidas más dulces y ahora ya no lo soy tanto. También porque a mí me apetece más lo dulce por la mañana, en el desayuno; luego, durante el día, ya no me suele apetecer tanto. Dicen que a nadie le amarga un dulce, a mí no me amarga, pero me apetece menos.

Acabé de cenar y subí al piso. Me preparé para irme a dormir y puse el despertador en hora. No sé para qué lo pongo, sé que no dormiré en toda la noche. Siempre me pasa que cuando al

día siguiente tengo que hacer algo importante, me cuesta conciliar el sueño. Confiaré en que el despertador funcionará bien y me levantaré a la hora señalada. Siempre suena, nunca he tenido problema, pero soy así: no quiero llegar tarde en el primer día de trabajo. De hecho, soy una persona muy puntual: prefiero salir con bastante antelación que arriesgarme a llegar tarde a algún lugar. Me metí en la cama, apagué la luz y cerré los ojos. Espero poder dormir bien, estoy, realmente, muy cansado.

Increíblemente, la noche pasó volando. Concilié rápidamente el sueño y dormí del tirón toda la noche. No me lo esperaba. Estaba muy cansado, supongo que eso influyó en gran medida. Aunque seguía teniendo mucho sueño, me levanté de la cama y me fui directamente al baño a darme una ducha. Quería llegar con tiempo y, si llegaba bastante antes, tomarme un café y serenar mis nervios. El nudo en el estómago lo tenía todavía. Acabé de ducharme, bebí un poco de agua fresquita, cogí el coche y me dirigí al trabajo. Recién levantado nunca tengo hambre, solo tengo ganas de tomar algo fresquito: agua, zumo… No me entra nada sólido. Luego, cuando ya llevo más de una hora despierto, soy capaz de ponerme a comer y no parar.

Llegué a mi lugar de trabajo y, sorprendentemente, aparqué con facilidad. Ya es raro porque el aparcamiento cada vez está peor. Supongo que es porque era muy temprano. Me dirigí a una cafetería que había cerca y que parecía tener muy buena pinta. Cuando entré, una vitrina deleitaba mis ojos y los de cualquiera: todo lleno de pastas y dulces muy apetecibles. Me pedí un café con leche y un croissant de chocolate. No puedo hacer esto todas las mañanas, voy muy justo de dinero, pero de tanto en tanto hay que darse ese capricho.

Se acercaba la hora de entrar y mi nudo en el estómago era mayor. Seguro que luego lo hago bien, pero no puedo evitar esta sensación cuando no domino lo que sucede a mi alrededor. Ya era la hora, pagué el desayuno y marché a la empresa.

Entré al edificio y allí había una mujer en la recepción.

—Buenos días, ¿qué desea? —me preguntó muy amablemente y de forma muy atenta la persona que allí estaba para recibir a los clientes.

—Vengo a trabajar, hoy es mi primer día —aclaré a la mujer.

—Ah, vale, tú debes ser Daryl, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues siéntate ahí un momento, en la sala de espera, que ahora aviso al jefe.

—Muy bien, así lo haré.

Me senté esperando pacientemente a que viniera alguien a buscarme. La chica entró hacia dentro y desapareció. Mientras esperaba, una chica joven y muy bonita se aproximó a una máquina fotocopiadora, que había en la recepción, a recoger un documento que había sido imprimido. Tenía un semblante muy dulce, era morena y de cabello liso. Desprendía un perfume que hechizaba. El nudo en el estómago estaba convirtiéndose en mariposas en el estómago, como se suele decir.

Siempre he vivido alrededor de mujeres, prácticamente todos los trabajos en los que estuve, estaba rodeado de mujeres. De hecho, en la carrera universitaria, éramos ciento veinte personas en clase, de las cuales cuatro éramos chicos. Tiendo a cuidar a las mujeres y a darles mucho cariño, su felicidad es la mía. Surgió en mí un deseo de ver feliz a esa chica y de darle todo mi cariño. La dulzura que desprendía me tenía eclipsado. Faltaba conocerla, pero, a priori, parecía una chica muy dulce. Esa chica joven recogió el documento y también se fue hacia adentro.

Unos minutos más tarde, apareció la mujer que estaba en la recepción con un hombre. Por su talante y su vestimenta, pude deducir que se podía tratar del jefe que antes mencionó.

—Hola, buenos días, ¿Daryl? —me preguntó de forma directa.

—Sí, señor, soy yo —le dije de manera algo tensa e innecesaria.

—Me llamo Álex, soy el gerente de la empresa.

—El jefe, en resumidas cuentas —aclaró la mujer de recepción.

—Ella es Toñi, es la que está en la entrada y gestiona los clientes. También te puede traer el café —explicó esbozando una sonrisa.

—Sí, claro, ¿y qué más? —respondió en tono molesto, aunque se veía claramente que no le estaba molestando, mostrando el buen ambiente que allí daba la sensación de que había.

—Tú serás uno de los administrativos que, junto con Mabel, gestionarán los clientes que irán viniendo, los correos y harán los informes para los técnicos. Estarás esta semana con Mabel para que te enseñe cómo lo has de hacer.

—Perfecto —contesté a Álex por aquella explicación.

—Te voy a enseñar en qué despacho estarás tú. Estarás, como ya te expliqué, con Mabel, uno en cada mesa, aunque esta semana estarás solo con ella para que te enseñe todo lo que has de hacer. Es una chica muy maja, ya lo verás, y explica muy bien.

Después de estas palabras, entramos por la puerta donde antes habían entrado y salido los demás. Pasada esa puerta, a la izquierda, había otra con el cartel que indicaba que allí estaban los lavabos. A la derecha, que era donde nos dirigíamos, se podían distinguir diferentes puertas, todas numeradas y con un cartel en ella.

—Mira Daryl, en este despacho, el número cinco, estarás con Mabel porque es el de administración —aclaraba Álex— y en cada una de las demás puertas hay un despacho de los diferentes técnicos. Al final del pasillo está mi despacho por si necesitaras algo. Estoy en el despacho uno.

—El más grande —añadió Toñi.

—Cierto, el más grande, porque es donde además hacemos las reuniones. Para ponerte en contacto con cualquier despacho solo has de escribir el número del despacho: 01, 02, 03…

—¿Y el número de recepción? —pregunté atentamente.

—Los dos ceros.

—Entendido.

—Mira Daryl, vamos a entrar al despacho cinco, el de administración, y te presento a Mabel que ya está trabajando.

Álex abrió la puerta y, ¿cuál fue mi sorpresa? La chica dulce, con el cabello lacio y morena que vi en la sala de espera, estaba ahí. No podía tener una mejor suerte. Todo el despacho estaba impregnado de su hechizante olor, como si de un ambientador se tratase.

—Buenos días, Mabel —saludó Álex.

—Buenos días, Álex —respondió con esa voz dulce que tanto me atraía. Parecía que estaba escuchando el canto de una sirena cuando estas cantaban y con su melodía hipnotizaban a los marineros.

—Te presento a Daryl, el otro administrativo que estará contigo.

—Mucho gusto, Daryl —decía mientras se levantaba y depositaba sendos besos en mis mejillas. El sentir de sus labios en mis mejillas me estremeció y su caricia delicada en mi brazo mientras me daba ese beso hizo ruborizar todo mi cuerpo. Pude notar con más intensidad su maravilloso olor.

—El gusto es mío —añadí a Mabel.

—Pues nada chicos, yo os dejo que empecéis a trabajar y cualquier cosa ya sabéis dónde estoy —comentó Álex.

—Muchas gracias, Álex —agradecí al jefe.

—Bueno, Daryl, pongámonos manos a la obra y así ves lo que hago y cómo lo has de hacer tú —explicó Mabel.

—Genial.

Me encantaba escuchar su voz. Siempre me habían atraído mucho las chicas de voz y semblante dulce, que fueran cariñosas y atentas. Mabel empezó a enseñarme el correo, cómo debía contestarlo y cómo debía derivarlo a los profesionales. Los documentos que los administrativos podíamos facilitar al usuario y dónde se debían guardar todos los documentos digitalmente. Todos los documentos se guardaban de forma digital, apenas había docu-

mentos en papel. Intentaba hacerme apuntes de lo que me decía, pero su preciosa voz a veces hacía que me perdiera en la melodía de su timbre sin poner atención al mensaje que transmitía. Su voz era música para mis oídos. Debía centrarme en mi trabajo porque tenía que aprender lo antes posible para descargarle de trabajo. Ella iba a llevar a Álex y otro profesional y yo a los otros dos profesionales más que había.

Enseguida se hicieron las diez y era el momento de salir a desayunar. El centro no podía estar sin administrativos porque si venía alguien había que atender, pero estas semanas que solo estaba ella, de diez a diez y media no había atención administrativa. Me explicó que, a partir de la semana que viene, debíamos hacer turnos: uno se iría a desayunar de diez a diez y media y otro de diez y media a once. Yo le comenté que me era indiferente, lo que ella prefiriera. Yo preferiría desayunar con ella todas las mañanas, pero, al parecer, eso no era posible. De todas maneras, esta semana sí iba a ir con ella las cinco mañanas y debía aprovecharlo, disfrutar de su compañía.

Nos levantamos de nuestra silla, salimos, dijimos adiós a Toñi y nos dirigimos a la cafetería a la que había estado desayunando por la mañana. Yo pedí un café con leche y un croissant y ella una infusión y un pequeño bocadillo de jamón de york.

—Bueno Daryl, háblame un poco de ti, me gusta conocer a los compañeros con los que trabajo —dijo Mabel a fin de entablar una conversación.

—Pues llegué ayer al pueblo después de aceptar la oferta de trabajo y apenas me conozco esto —le aclaré.

—Antes de este trabajo, ¿hiciste de administrativo en otro lugar?

—No, pero la tarea de administración siempre me ha acompañado, allá donde he estado al final me he hecho cargo de una parte del papeleo.

—¿Dónde has estado?

—Todas las faenas que he hecho han sido referentes a la formación: desde que iba al instituto, que he entrenado a equipos de baloncesto y también he hecho de maestro en centros de refuerzo escolar y maestro de refuerzo en algún colegio.

—Y si siempre has estado haciendo tareas de formación, ¿por qué has elegido este tipo de trabajo?

—La verdad, o eso creo, es que no se me da mal la administración; como te decía, en los lugares que he estado he acabado haciendo tareas administrativas.

—¿Cómo cuáles?

—Cuando iba al instituto era entrenador de un equipo de baloncesto de niños y luego de niñas. Me encargaron la tarea de llevar la parte administrativa de los equipos que no jugaban federados, es decir, equipos que jugaban ligas comarcales. En un centro de refuerzo, empecé de maestro y luego, además, llevé el tema del giro de recibos a las familias. Y después, en otro club de baloncesto, fui secretario creando las actas y los diferentes documentos del club.

—Pues sí que has hecho cosas. De todas formas, por lo que me cuentas, tus trabajos han estado siempre ligados a la educación, tanto formal como deportiva ¿verdad?

—Cierto, siempre ha sido así.

—Debe ser difícil cuidar de niños, debes tener mucha paciencia, ya nos viene genial en la empresa porque hay cada cliente…

—Yo intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Seguro, pero, Daryl, cualquier duda que tengas me la formulas porque yo estoy aquí para ayudarte.

—Y yo te lo agradezco muchísimo. Ya te he contado un poco sobre mí, ¿cuéntame algo sobre ti?

—Pues te diré que llevo varios años trabajando aquí y vivo con mis padres. Este año me he propuesto vivir sola y ya estoy viendo pisos. Hoy tengo la visita de dos y mañana dos más. A ver cómo sale el experimento.

—Yo, menos dinero, puedo echarte una mano en lo que necesites. Yo vivo solo, así que, si necesitaras algo, mi casa es tu casa. O si necesitaras que te echaran una mano con la mudanza… Acabo de hacer una así que…

—Vaya, muchas gracias, pero no es buena idea que invites a una desconocida a tu casa tan pronto.

—Para mí ya no eres ninguna desconocida, llevo dos horas contigo y somos compañeros. Además, veo que eres una chica trabajadora y pareces muy buena persona.

—¿Cómo puedes pensar que soy buena persona si apenas nos conocemos? —dudaba Mabel de mi palabra.

—Porque me has acogido muy bien y me explicas las cosas con mucho detenimiento. Tu manera de hablar, de gesticular… me hacen pensar que eres una buena chica, además de muy dulce.

—Pues muchas gracias. Yo a ti también te veo un buen chico. Si además siempre te has dedicado a la educación de niños, tienes que ser una bella persona.

—Lo mejor de ese trabajo son las muestras de afecto que los niños te muestran y los mensajes que ellos te dedican a final de la temporada o del curso.

—Eso es porque les ha llegado.

—Me sale comportarme como un padre de ellos y tiendo a cuidarlos mucho. Su éxito es el mío y su fracaso es mi dolor. Los defiendo por delante de todo.

—Eso que dices es muy bonito y demuestras tener una sensibilidad especial.

—Siempre me han dicho que soy diferente a los demás hombres: no me gustan muchas cosas que por estereotipos les suele gustar a los hombres.

—¿Cómo qué? No me digas que no te gusta el fútbol, o el baloncesto, que eres entrenador de ese deporte.

—El deporte sí me gusta, pero no estoy tan obsesionado con los coches o con el sexo.

—¿Un hombre que no piensa en sexo? Eso ya es más difícil de creer.

—Pues te lo puedo asegurar. Me sale más la vena de cuidar a la persona que la de tener relaciones sexuales, te lo digo en serio. Además, el físico es la carta de presentación de una persona, pero realmente lo importante es el interior porque el exterior, con la edad, se va perdiendo.

—Totalmente de acuerdo. Me gusta cómo piensas.

—Muchas gracias. Y dices que te vas a vivir sola, ¿y tu pareja no vendrá a vivir contigo? —pregunté a sabiendas de que no sabía nada sobre su vida sentimental y así podía sacar el tema y averiguar más sobre su vida personal.

—No tengo pareja, creo que ahora no es el momento para ello y tampoco encontré a la persona que crea que me puede llenar.

—Exacto, haces bien, para eso no hay que tener prisa, eres joven y hay que elegir bien. El viaje de la vida es importante compartirlo con alguien que te haga sentir bien y seas siempre lo más feliz posible. Evidentemente, por baches pasamos todos, pero con ilusión y con ganas de vivir y de compartir tu vida con la persona que te hace feliz, todo se supera.

—¿Tú tienes pareja? —me preguntó repentinamente lo que hizo producir en mí un nudo en el estómago.

—No, no tengo pareja. Quizá he dedicado mucho tiempo a los demás, a la formación de los demás, a hacer sentir bien a los demás, y no he pensado en mí mismo.

—Pues eso no está bien. Es bonito lo que piensas sobre el otro, pero no lo podrás hacer si tú no estás bien contigo mismo. Debes pensar también en ti.

—Sí, estoy de acuerdo. Por cierto, ¿sabes una cosa?

—Dime —me respondió con esa voz tan dulce y moviendo la cabeza hacia un lado en un movimiento que me hipnotizaba.

—Que parece que te conozco de mucho tiempo, me siento muy cómodo hablando contigo y, la verdad, no esperaba que tuviéramos esta conversación tan profunda.

—Bueno, Daryl, debemos irnos, solo tenemos media hora y entre que pagamos y demás… —me comentó de una forma un poco más seca.

Aunque su respuesta fue un poco más seca, no dejaba de encantarme porque seguía siendo melodía para mis oídos. Ese comentario vi que la incomodó un poco y me sentía mal. Quizá quise adentrarme demasiado pronto en su interior y se dio cuenta. Ahora me sentía mal, mi intención nunca fue molestarla, todo lo contrario, mi intención era que se sintiera bien cuando estuviéramos juntos y que tuviera la confianza de poder hablar conmigo todo lo que le apeteciera. Creo que metí la pata. Es una chica encantadora a la cual no quiero perder. Ojalá podamos mantener esa confianza y amistad, su felicidad es la mía. Ya empiezo a pensar en los demás en vez de en mí. Tenía claro que, después de aquel encuentro, mi intención ya no iba a ser que fuera mi amiga, aunque prefería eso a nada. De todas formas, no puedo quitarme de la cabeza el cómo terminó la conversación porque creo que la he molestado.

Pagamos los desayunos y nos fuimos al trabajo. Estuvimos trabajando el resto de la mañana codo con codo, hacía ver que no pasaba nada, pero supongo que se me notaba la voz más tenue. Me sentía muy mal.

Acabamos a mediodía la jornada, nos despedimos como si tal cosa y salimos por la puerta. Ella se dirigió hacia la izquierda y yo al frente porque había aparcado delante. Cuando llegué al coche, antes de entrar, dirigí mi mirada a Mabel, todavía podía verla por la calle. Era un sueño de chica y le había molestado. Aunque ella me estuvo explicando todo muy bien, se veía, o eso creo yo, que estaba centrada en explicarme el trabajo a hacer. Me metí en el coche y me dirigí a casa.

Llegué a casa, me hice un poco de pollo a la plancha y un poco de ensalada y, cuando terminé, me tumbé en el sofá a ver la televisión. No podía dejar de pensar en Mabel y en la metedura

de pata, sobre todo. Mañana en el desayuno tengo que hablar con ella. El día transcurrió sin nada más importante y llegó la noche. Deseaba que pasara rápido para poder volver al trabajo con Mabel. Una persona es importante cuando no solo brilla por fuera, sino cuando tiene la capacidad de iluminar el interior de la otra persona. A mí me ha iluminado porque su sola presencia ya me crea ilusión y nerviosismo. De todas formas, el nerviosismo se apacigua en pocos minutos hablando con ella. La persona que llega a tu interior no es la que acelera tu corazón, porque eso es pasión, sino la que provoca calma dentro de ti, eso es amor.

El despertador sonó como cada mañana. Mi primer pensamiento fue en la metedura de pata de ayer y en que tenía que hablar con Mabel de lo ocurrido. Quizá me lo estaba imaginando yo y no pasaba nada, pero su reacción, a mi parecer, más seca, hizo entrever que aquello no había ido por el camino correcto.

Me levanté de la cama, me fui al baño y me duché. Tomé un poco de zumo fresco y me fui a mi lugar de trabajo. Cogí el coche y aparqué, no sin antes dar un par de vueltas. Aparcar se estaba poniendo muy difícil en todas las ciudades últimamente. Fui a tomar un cortado a la cafetería del día anterior y, cuando lo terminé, me dirigí al trabajo. Entré unos minutos antes. No me gusta llegar en punto, prefiero estar un poco antes y prepararlo todo para que, cuando sean las ocho en punto, ya me pueda poner a trabajar.

Aparte de Toñi, no había nadie más. Le saludé y entré al despacho, encendí el ordenador y abrí todos los programas para tenerlo todo listo, así cuando llegara Mabel lo tendría todo preparado.

Fue pensar esto y entrar Mabel por la puerta. Tiene una media melena morena y lisa. El día anterior llevaba el cabello suelto y ahora llevaba una coleta que le daba un aspecto más juvenil. Igualmente me encantaba. ¿Qué no podía gustarme de ella? Debía dejar de pensar en eso porque tenía que trabajar y debía concentrarme.

—Sí que llegas temprano, ¿no? —preguntó Mabel con una sonrisa en la cara.

—Me gusta llegar antes y tenerlo todo preparado antes de las ocho de la mañana para que, cuando sea la hora, estemos ya listos para trabajar —le aclaré.

—Muy bien hecho —me dijo esbozando una sonrisa.

Se acercó a mí y se sentó a mi lado como el día anterior para seguir trabajando junto conmigo, ya que todavía me debía seguir enseñando, y yo encantado de que así fuera. La semana siguiente ya iba a estar solo, espero que esta semana no se acabe nunca.

En mi vida, la verdad, no he tenido mucha suerte, pero siento que esto empieza a cambiar. La suerte no viene sola, hay que buscarla. En muchas cosas que hacemos y que debemos recibir alguna respuesta, suele entrar la suerte, pero si pones las cosas de forma favorable, siempre es más fácil que las cosas sucedan y entonces parezca que la suerte nos sonría. Mi forma de ser, de pasar desapercibido y hacer que los demás no se sientan incómodos conmigo, seguro que ha provocado que en muchas situaciones no haya puesto todo lo que se debería y lo he achacado a la mala suerte cuando lo que esperaba no se ha producido. El decir que es mala suerte, en muchas ocasiones, es exteriorizar la culpa a algo abstracto para no asumir que algo deberíamos cambiar; es lo más cómodo: echar la culpa a algo o alguien exterior a ti porque así tú no has de cambiar nada de ti. La actitud que pones frente a la vida es muy importante para declinar la balanza hacia un lado o hacia otro. Conocía a una persona altamente negativa, todo lo veía negro y todo le salía mal. A veces, sí que es verdad, que la mala suerte le había acompañado, pero que siempre pase no podía ser. Ver las cosas de forma negativa solo hace que aquello que te rodea sea lo peor; no solo no disfruta de lo que sucede, sino que saca todo lo malo de las situaciones, evidentemente, la vida no puede ser buena. Y lo que deberíamos tener claro es que vivir es urgente, la vida no espera a nadie.

Yo, recientemente, he vivido situaciones difíciles porque en un plazo de pocos meses perdí a mis padres. He tenido que darle una vuelta a mi vida, y ahora me encuentro en un lugar de trabajo y de residencia diferente al que vivía. Debo pasar página, una nueva vida se me presenta y he de hacer que sea lo mejor posible.

Nos pusimos a trabajar, Mabel y yo, codo con codo y, tanto nos centramos en el trabajo, que nos dieron las diez de la mañana y ya salíamos a desayunar. Fuimos a la misma cafetería en la cual yo me tomo un café antes de entrar al trabajo y donde estuvimos el día pasado.

—Bufff, qué mañana más intensa, ¿verdad? —dije para romper el hielo.

—Mucha faena, ha venido todo de golpe —aclaraba Mabel.

—¿Siempre es así?

—¿Qué significa siempre así?

—El todo o nada, que o tenemos mucha cosa de golpe o no hay apenas nada.

—Bueno, no sé qué decirte. Ni una cosa ni la otra.

Y se produjo un silencio un poco incómodo porque no me atrevía a preguntarle referente a la charla del día anterior. Ella desayunaba mientras miraba su móvil. Estaba desconectando de la situación; era lógico, no había ningún tema para hablar encima de la mesa y yo muriéndome de ganas de preguntarle. No me podía arriesgar a que se volviera a molestar o me dijera algo que me acabara doliendo. En ese momento recordé que estaba intentando independizarse de sus padres y había ido por la tarde a ver dos pisos.

—Mabel, por cierto, ¿qué tal ayer los pisos que fuiste a visitar?

—Bueno, no están mal. Son pisos pequeños, estudios los llaman, pero demasiado caros para lo que son. Yo, realmente, no necesito más, pero pagar tanto dinero por pisos antiguos que necesitan una reforma…

—Claro, es el lugar donde vas a vivir, por lo menos que sea acogedor.

—Exacto, aun así, son bastante caros, pero tendré que intentarlo.

—Esta tarde ibas a ver dos más, ¿verdad?

—Sí, espero que estén mejor. Uno es como los que he visto, con una habitación; el otro tiene dos habitaciones. La verdad es que ese me interesa más porque, si la cosa no me va bien, puedo buscar a alguien para compartir piso.

—Está muy bien pensado —dije a Mabel deseando ser yo quien ocupara esa habitación, aunque ahora me haya mudado.

—Espero que no lo tenga que hacer, pero si no me queda más remedio…

—Por cierto, quería disculparme por lo de ayer —le comenté llenándome de valor con la confianza de estar conversando sin aparente censura.

—¿Disculparte? No te entiendo Daryl.

—Ayer estuvimos hablando y hubo un momento que se acabó la conversación y me dijiste que debíamos irnos a la faena.

—Sí porque ya era la hora, ¿qué sucede con eso?

—No, nada, es porque cuando estábamos intimando más, quizá dije algo que pudiera incomodarte y no es mi intención que ello suceda.

—No me molestaste, más bien creo que pude molestarte con preguntas excesivamente personales sin apenas conocernos.

—Para nada, te agradezco que tengas la confianza de hablar conmigo lo que necesites, en todo lo que yo pueda hacer por ti, aunque solo sea aconsejarte, ahí estaré.

—Gracias Daryl. Pues ya que me das esa confianza, me gustaría comentarte algo.

—Lo que quieras. —Ese «algo» tan inespecífico hizo acelerar mi corazón y hacer que se produjera nuevamente el nudo en el estómago.

—Hace unos meses que salgo con un chico —me comentó helando mi corazón.

—¿Ah sí? Ayer me comentaste que no tenías pareja.

—Eso te iba a contar, ¿puedo?

—Sí, claro, perdona.

—La cuestión es que él me gusta mucho, pero veo que no quiere tener nada más allá conmigo, no quiere compromisos de ningún tipo. Cuando no tiene nada que hacer, me llama y quedamos en su casa o vamos al cine o a cenar… Todo maravilloso, pero cuando quiero quedar con él, si no le va bien por cualquier motivo, no quiere saber nada y luego, todo lo que hacemos en común, no le da la mayor importancia.

—¿Él te llama para quedar contigo?

—Sí, pero siempre que no queda con sus amigos; parece que lo primero son sus amigos y luego, si tiene tiempo y ganas, soy yo.

—¿Él te ha dicho que no quiere nada contigo?

—Ya me ha dicho que no quiere compromisos y prefiere dejar las cosas como están, pero de todas formas cuando estamos juntos estamos superbién, luego como si no hubiera pasado nada.

—Pues ya te lo ha dejado claro, por lo menos ha sido sincero: solo te quiere para pasar el rato, por muy dura que sea la realidad.

—Pero yo estoy enamorada de él.

—Entonces lucha por él —le aconsejaba a sabiendas de que no quería que estuviera con él. No era justo que una chica tan maravillosa fuera tratada de esa manera.

—Ya lo hago, pero no reacciona.

—Ni lo hará, Mabel, ya te dijo que solo quiere divertirse contigo y nada más. Solo te quedan dos opciones: lo asumes y quedas con él cuando a él le vaya bien, o no lo asumes y sigues sufriendo porque tú le quieres y él a ti no siempre.

—Tienes razón. No sé qué hacer.

—Yo sí lo tendría claro —le dije aprovechando que quería mi consejo y así intentar convencerla de que no le convenía.